



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO

FACULTAD DE CIENCIAS POLITICAS Y SOCIALES

**DIÁLOGO PARA LA PRAXIS
LA ALFABETIZACIÓN DEL OCIO**

T E S I N A

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:

LICENCIADO EN CIENCIAS DE LA COMUNICACIÓN
(COMUNICACIÓN POLÍTICA)

P R E S E N T A

LUIS ARMANDO HERNÁNDEZ CUEVAS

ASESORA:

MTRA. CORAL LOPEZ DE LA CERDA Y DEL VALLE



CIUDAD UNIVERSITARIA , MEXICO, D.F.

2006



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mi madre...

Índice

Introducción	5
1. Resemantización	8
1.1 <i>Palabra y engaño</i>	8
1.2 <i>El sentido</i>	12
1.3 <i>Cambiar el sentido (resemantizar)</i>	18
2. Ocio	27
2.1 <i>El rompimiento con la diosa</i>	27
2.2 <i>Génesis del sentido del ocio enajenado</i>	29
2.3 <i>Identificación de la clase ociosa</i>	31
3. Resemantización del ocio	39
3.1 <i>Medios, consumo, ocio y enajenación</i>	40
3.2 <i>Industria del ocio (la degeneración de la contemplación)</i>	43
3.2 <i>Resemantizar el ocio</i>	48
4. A modo de conclusión. Diálogo para la praxis	56
Bibliografía.	59

Introducción

¿Será que estamos condenados a vivir sumergidos en un mar de vehemencia pervertida tan salado que ofusca la realidad?, ¿llegará el momento en que lograremos despojarnos del velo en boga y descubrir la voluntad en sí misma?, ¿o yacerá la imposición de que estamos condenados a una vida de representación quimérica, a una existencia teatralizada en el foro de la incongruencia racional?

Como seres simbólicos que somos, la sublimación de nuestras creaciones se encuentra a la orden del día. El propio ego provoca que nuestras grandes creaciones se vuelvan en sí mismas sujetas de idolatría.

Hemos coexistido durante milenios bajo designios de autoritarismo, esnobismo, ostentación y pedantería. Nuestra simbología ha sido innumerablemente cambiada para significar eternamente lo mismo.

Con la llegada de la industria cultural instaurada principalmente por la revolución en las tecnologías de información, el campo de coacción psicológica se tornó infinito, el globo se televisó, y con ello, la restricción por la homogeneidad se volvió la norma.

El eterno mimetismo —entendido como imitación o disfraz— hacia las clases ostentosas se democratizó de forma cínica. El esnobismo pecuniario transgredió aún más en la sociedad, y su tendencia por la necrofilia se insertó en la cotidianidad como norma.

El presente es un trabajo en el cual se pretende desarrollar, desde la subjetividad del autor, un ensayo con estilo propio en búsqueda de una de las salidas de este laberinto simbólico. Ambiciona romper con fijaciones sónicas impuestas,

enfocando la necesidad del individuo por comprender su naturaleza simbólica, apegada a signos, y por lo tanto sujeta a interpretaciones relativas, nunca conclusas, siempre dispuestas a evolucionar en consecuencia con el desprendimiento de una conciencia forjada en el hartazgo atenuado ante condiciones absurdas bañadas de legitimidad espuria.

En razón de ello, se pone especial énfasis en resemantizar el término ocio, ya que alejarlo de connotaciones como holgazanería, vagancia, inacción, mediocridad, así como de muchos otros apelativos, nos permitirá aprehendernos de un espacio de tiempo para tener contacto con nuestro yo y sus interpretaciones, llegando de este modo a sentidos autónomos que nos permitan alejarnos de una existencia totalitaria, para aproximarnos a los cauces de una realidad empapada de libertad, en donde a través de la duda semántica se desarrollarán nuevas prácticas que resemantizarán nuestra realidad.

Para llevar a cabo lo anterior, el presente ensayo se divide en tres partes, la primera se integra a la parte teórica, y pretende distinguir las características que conforman el término resemantización.

En el segundo capítulo se pone especial énfasis en el ocio, y en como éste fue monopolizado por clases hegemónicas, despojando a las clases subyacentes del tiempo necesario para dar sentido a su realidad, teniendo de esta forma que ostentar sentidos impuestos como naturales.

En el tercer capítulo, que es la parte práctica del presente ensayo, se pretende señalar las vertientes prácticas que tiene la resemantización del ocio, poniendo especial énfasis en la necesidad de que el individuo se haga partícipe en la redefinición

de significados, invocando así, libertad, autonomía y conciencia hacia su realidad individual y social.

1. Resemantización

1.1 Palabra y engaño

La palabra es el principio de la razón, su camino ha acompañado al hombre a lo largo de los siglos, sin ella, no habría pilares sobre los cuales erigir sociedad o cultura alguna. No obstante a ello, nosotros, como animales simbólicos, y por lo tanto herederos y creadores del universo de signos, aún no hemos sido capaces de comprender su poder.

Utilizamos el léxico obtusamente, acogiendo y abrigando significantes externos sin el menor cuestionamiento, relegando la fuerza oculta del vocabulario. Es indignante presenciar como lo que alguna vez José Ortega y Gasset denominó como la época del “señorito satisfecho” continua alargando su estancia entre la sociedad.

Ortega y Gasset distingue a este hombre como masa, enumerándose entre sus características:

1.º, una interpretación nativa y radical de que la vida es fácil, sobrada, sin limitaciones trágicas; por lo tanto, cada individuo medio encuentra en sí una sensación de dominio y triunfo que, 2.º, le invita a afirmarse a sí mismo tal cual es, dar por bueno y completo su haber moral e intelectual. Este contentamiento consigo lo lleva a cerrarse para toda instancia exterior, a no escuchar, a no poner en tela de juicio sus opiniones y a no contar con los demás. Su sensación íntima de dominio le incita constantemente a ejercer predominio. Actuará, pues, como si sólo él y sus congéneres existieran en el

mundo; por lo tanto, 3.º, intervendrá en todo imponiendo su vulgar opinión sin miramientos contemplaciones, trámites ni reservas[...].¹

Podemos afirmar que este “señorito” olvida que las palabras están bañadas de residuos históricos que inundan el habla del parlante, perfumando cada vocablo con significantes ocultos seducidos en unión con la historia.

“Las palabras [...] traen [...] la semilla de una herencia cultural que trasciende al individuo [...] (por lo que éstas), no sólo significan, también evocan”². En razón de ello, el sentido bajo el cual éstas sean tratadas por cada partícipe de la interacción simbólica, nunca llegará a ser copia fiel del pensamiento, ya que cada uno le extiende a las palabras valores —ya sean individuales o colectivos— que evocan imágenes o conceptos que se cuelan por debajo del umbral de la conciencia.

Esta característica subliminal del léxico, induce a que una gran mayoría de los mensajes jueguen sin consentimiento propio con concepciones guardadas en lo más profundo de nuestro universo cerebral, excitando, en muchos casos, fibras sensibles que accionan en nuestra respuesta emociones evocadas a través de las palabras utilizadas.

Como tal, primero que nada debemos de tener presente que las palabras son signos, ya que éstos son “cualquier otra cosa que pueda considerarse como sustituto significativo de cualquier otra cosa”, por lo que la semiótica —que es la ciencia

¹ Ortega y Gasset, José, *La rebelión de las masas*. Madrid, España. Austral. 2000, pág. 145.

² Grijelmo, Álex, *La seducción de las palabras*. México. Taurus. 2000, pág. 11. Las palabras entre paréntesis son propias.

encargada del estudio de los signos— es, “en principio, la disciplina que estudia todo lo que puede utilizarse para mentir”³.

Es importante tener presente a lo largo de este ensayo, que el hombre es por naturaleza un ser social —Artur Schopenhauer afirmaba que “el aburrimiento [...] hace que seres como los hombres, que tan poco se aman, se busquen unos a otros”⁴—, por lo que el uso de signos es el nudo que permite la conformación de ese espíritu gregario ajustado por el hombre.

Este nudo, conformado por el paso de centenares de épocas, abriga reglas sociales que propician en la interacción simbólica la mentira y el engaño, que son entendidas como “necesarias” para resguardar las relaciones sociales.

Según el Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua (DRAE) la mentira es una “expresión o manifestación contraria a lo que se sabe, se cree o se piensa”, mientras que el engaño es la “falta de verdad en lo que se dice, hace, cree, piensa o discurre”, dos conceptos que monopolizan la interacción simbólica.

Una sociedad caracterizada principalmente por la sinceridad y honestidad es, hasta nuestros días, utópica, los humanos somos por naturaleza social mentirosos, la misma normatividad social nos incita a seguir con los cánones implantados. Podemos afirmar que las mentiras son un intento por controlar nuestro ámbito social, persuadiendo con ellas a los sujetos con los que convivimos.

El hecho en sí, es que modificamos el léxico y la verdad en búsqueda de aceptación, por lo que armonizamos nuestras acciones y lenguaje con el

³ Eco, Umberto, *Tratado de semiótica general*. España. Lumen. 2000, pág. 22.

⁴ Schopenhauer, Artur, *El mundo como voluntad y representación*. México. Porrúa. 2003, pág. 316.

comportamiento o actitud de grupo, todo en aras de resguardar una imagen externa que los demás condescienden en asentimiento con nuestro grado de adaptabilidad.

De esta forma, la gran mayoría de los vocablos que utilizamos no son reflexionados, sino que son tomados de un léxico general y se utilizan en anuencia con nuestra vida social.

En términos generales, la sociedad implanta y carga consigo un conjunto de signos que propician la convivencia social, pero que a la vez, encierran al sujeto en una cárcel simbólica, de la que no podrá escapar si no reflexiona y hace propias las denotaciones y connotaciones de las palabras, recuperando el espíritu crítico que tanto se ha ausentado en estas décadas inclinadas hacia la toma de sentidos impuestos como naturales.

Sólo cuando el ser comprenda que la psicología actual está embargada por un soplo de engaño, y que por lo mismo, los lexemas se utilizan como un artificio, para imponer en las imágenes mentales del otro, condiciones asentadas en la mentira, los sujetos lograrán romper con las cadenas signicas que los atajan en una realidad alienada.

Al insertarnos en la necesidad de entender la utilización de los signos, pero más aún, en la necesidad de entender sus sentidos —denotación y connotación—, nos iremos insertando en los terrenos de la semiótica, por un lado, y en los de la semántica, por el otro. A esta última es a la que le corresponde en mayor proporción las líneas de este escrito, y por lo tanto su naturaleza será expuesta en el capítulo lindante.

1.2 El sentido

Podríamos afirmar que este ensayo está avocado hacia la crítica y la apropiación de un sentido autónomo. Sin embargo, para que el lector pueda desarrollar este enunciado, es necesario indicar que la base de éste parte de uno de los causes sobre los cuales se vierte la gramática.

La gramática según Helena Beristáin es un

estudio descriptivo del estado que guarda, en un momento dado de su evolución, el sistema de la lengua, desde el punto de vista de la fonología, la sintaxis y la semántica; es decir, atendiendo los componentes de las palabras, atendiendo también las estructuras de éstas, tanto en cuanto a la forma de la expresión o significante, como en cuanto a la forma de contenido o significado.⁵

De esta forma, debe quedar claro que el cause que hemos tomado es el de la semántica, “cuyo objeto de estudio es el significado del signo”⁶. En otras palabras, la semántica es la disciplina que se encarga característicamente de la evolución del sentido de las palabras.

No obstante, debemos tener presente que no puede haber sentido alguno sin signo, por lo que la semiótica es un elemento inescindible para el entendimiento de la semántica.

⁵ Beristáin, Helena, *Diccionario de retórica y poética*. México. Porrúa. 2000, pág. 24.

⁶ *Ibíd.*, pág. 452.

Ferdinand de Saussure fue el primero en proponer la dicotomía del signo, en donde por un lado nos encontramos con el significante y, por el otro, con el significado, que corresponden a la imagen acústica (forma) y a la imagen conceptual (significación), respectivamente.

Para Umberto Eco, “todo lo que, a partir de una convención aceptada previamente, pueda entenderse como alguna cosa que está en lugar de otra”⁷ es un signo, por lo que éste es un fenómeno enteramente social y por lo tanto humano.

Debemos tener presente que el signo muta en sus significados dependiendo de la autonomía del individuo, del episteme, así como de muchos otros factores, por lo que no es una forma semántica precisa, sino una función semiótica que se deriva de un proceso dialéctico que queda expresado en los siguientes criterios expresados por el semiólogo Charles Peirce:

1. No tenemos facultad de introspección, sino que todo conocimiento del mundo interno deriva por un razonamiento hipotético de nuestro conocimiento de los hechos externos.
2. No tenemos ninguna facultad de intuición, sino que toda cognición está determinada lógicamente por cogniciones anteriores.
3. No tenemos ninguna facultad de pensar sin signos.
4. No tenemos ninguna concepción de lo absolutamente incognoscible⁸.

De esta forma, somos capaces de pensar en el signo ‘silla’ debido a que hemos aprendido su referente de los hechos externos, por lo que es una cognición que “está

⁷ Eco, Umberto. *Op. Cit.*, pág. 34.

⁸ Dussel, Enrique, *Ética de la liberación en la edad de la globalización y de la exclusión*. España. Trotta. 2002, pág. 238.

determinada lógicamente por cogniciones anteriores”, esto en términos denotativos, ya que en términos connotativos, una silla puede significar muchísimas cosas más, como pudiera ser el caso de una silla que rememorara el lugar que ocupó la figura paterna durante nuestros años infantiles, en donde están implicados toda una serie de sentimientos que influyen en el proceso semántico.

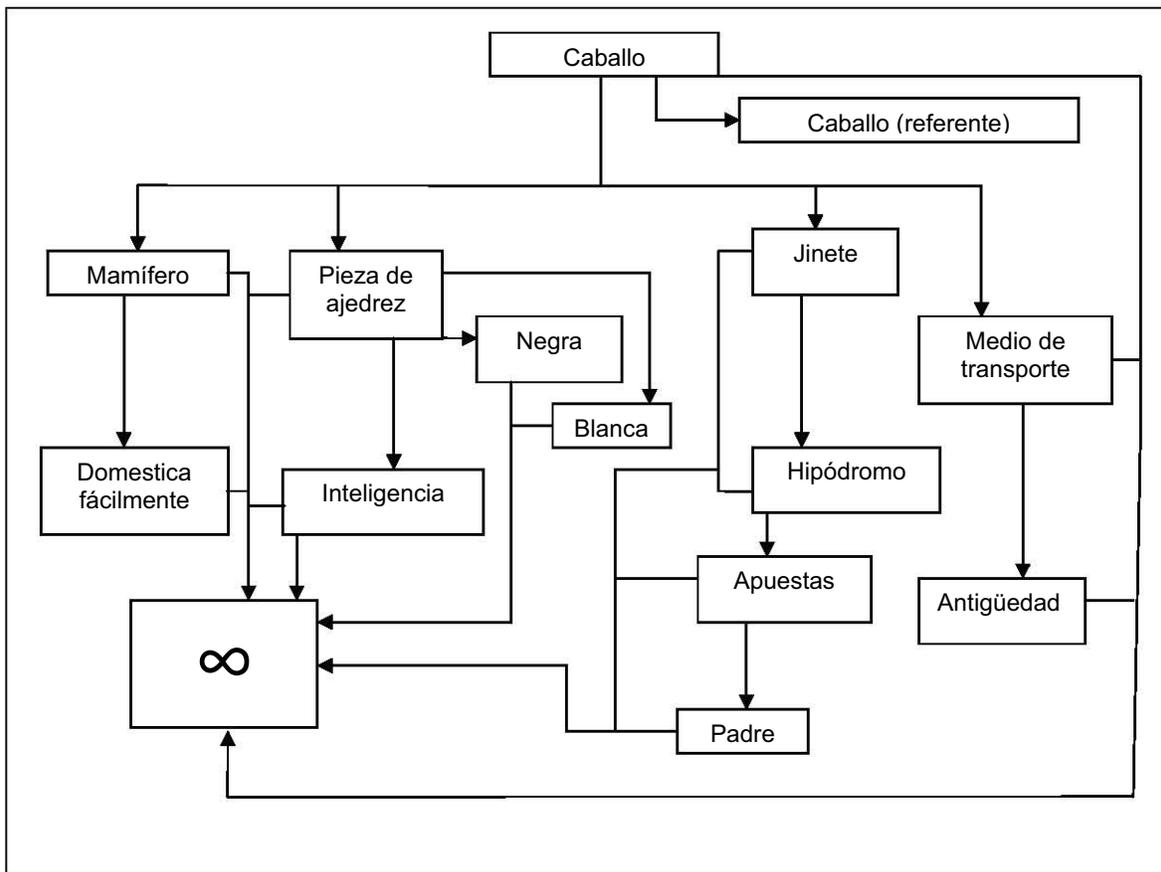
A partir del ejemplo arriba mostrado, aparece la importancia de los campos semánticos dentro del estudio de los procesos semánticos, ya que el conjunto de lexemas y de significados interrelacionados son el nervio del entendimiento de los partícipes en un fenómeno de significación o en un proceso de interacción simbólica.

A este proceso de interrelación entre significados Eco les da el nombre de *semiosis ilimitada*, en donde a partir del significado de un significante se desarrollan miles de procesos mentales que desarrollan un campo semántico o, en otras palabras, el sentido que el sujeto simbólico le da al mensaje.

Como se puede observar en el esquema 1.1, el sentido del signo nunca es otro signo final, sino un campo semántico, una cadena de significados que son emparentados con las experiencias del sujeto que ejecuta el proceso de significación.

De esta forma, el significante caballo puede denotar para un individuo x el referente caballo, y se puede remitir a todos los caballos con los que haya tenido contacto a lo largo de su vida, sin embargo, éste socialmente le puede connotar domesticación, y yéndonos a los terrenos de la suposición, podríamos afirmar que el significante caballo connota el hipódromo, la apuesta y la figura paterna desgasta por el vicio del juego, que a su vez generan un proceso de semiosis ilimitada que nos llevan a otras fronteras.

Esquema 1.1 Ejemplo de semiosis ilimitada



En razón de lo anterior, podemos afirmar que algunos significantes nos infieren referentes que conforman la denotación (que es el elemento estable de significado en una palabra) y por otro lado se puede distinguir que por lo menos existen dos tipos de connotaciones (los elementos subjetivos y variables de la palabra), la individual y la social. El significante perro denota la referencia perro, sin embargo socialmente connota fidelidad, no obstante para el individuo que en su niñez deseó uno y nunca lo logró poseer, puede connotar la imagen de un periodo de su niñez en donde fue desdichado.

Se afirma entonces que existen diferentes clases de sentido que influyen en el momento de codificar los mensajes por parte del sujeto simbólico, entre estas clases de codificación encontramos la lingüística, la social y, por último, la personal.

Si dibujáramos un círculo alrededor de lo expresado llevaría el seudónimo cultura, y como tal, podemos afirmar que el significado de cualquier signo es una unidad cultural, una convención, que en conjunción con todos los otros significados nos dan como resultado el área que ocupa dicha circunferencia. Para Eco, la cultura es un producto de la interacción simbólica y por lo tanto de la utilización de los signos en el habla, por lo que la misma puede ser pensada como un “fenómeno semiótico” y como una “entidad semántica” en donde tanto la sociedad, como el individuo, ingieren para su conformación.

En los siguientes párrafos nos involucraremos más en el sentido de las palabras, por lo que remaremos en las aguas de la semántica, sin embargo, antes de avanzar en estos causales, es importante presentar el triángulo semiótico esbozado.

La triangulación del signo presenta por un lado, el significado, que como ya hicimos referencia es un campo semántico y es producto de una semiosis ilimitada; por otro, tenemos el significante, que es el nombre de aquello que evocamos, y por último, tenemos la referencia, que es aquello a lo que nos denota el significado.

A través de este triángulo semiótico podemos señalar lo que es y no es el sentido. En razón de ello cabe puntualizar que el sentido no es el referente, ya que el sentido se encuentra en la mente de las personas, mientras que el referente forma parte del mundo exterior.

El sentido se deriva de la idiosincrasia, contexto, estado de ánimo, cultura y de un sinnúmero de fenómenos sociales, psicológicos y situacionales que subrayan que las realidades semánticas no son inamovibles, ya que dependen de elementos variables que están sujetos a la historia y a la continua evolución del léxico.

Se puede entender entonces que el episteme juega un gran papel en la comprensión del sentido que los sujetos aprecian en las variantes léxicas, y por lo tanto la necesidad de comprender la dimensión sociosemántica a la hora de hacer un estudio sobre el sentido de cualquier signo.

En este camino, Christian Baylon y Paul Fabre⁹ nos exponen dos variantes en la forma en que un escenario externo ingiere en el sentido de un signo en un momento determinado. El contexto es definido por estos autores como un “conjunto de fenómenos psicosociolingüísticos”, mientras que la situación es “un conjunto de elementos extralingüísticos tanto presentes en el espíritu de los sujetos como en la realidad física en el momento de la comunicación y a los que es posible asignar un papel en el condicionamiento de la forma de los elementos lingüísticos”¹⁰.

Como hemos visto a lo largo de este apartado, existen tres enfoques desde los cuales podemos subdividir el sentido de cualquier significante, queda aclarar que éstos se subdividen en dos grandes campos de estudio, la semántica referencial, que se encarga de coincidir el significado con algo exterior, que en su caso es el referente (denotación), y la semántica de la significación, que se dirige al estudio del sentido de las palabras (connotación, ya sea individual o social).

⁹ Baylon, Christian y Paul Fabre, *La semántica*. Barcelona, España. Paidós. 1994.

¹⁰ *Ibíd.*, pág. 37.

Si recordamos el enunciado con el iniciamos el presente apartado —“este ensayo está avocado hacia la crítica y la apropiación de un sentido autónomo”—, podremos distinguir el camino que se tomará en el apartado colindante, un vía que nos dirigirá por los senderos de la semántica de la significación, pero más allá de esto, nos conducirá a la conformación del sentido individual, a las connotaciones personales, y en su caso a la conformación de semiosis ilimitadas críticas, autónomas, pero sustentadas en la interacción simbólica, en el disenso y consenso de sentidos, dando como resultado sentidos codificados bajo una conciencia emancipada.

1.3 Cambiar el sentido (resemantizar)

Hemos puesto a discusión a lo largo de este capítulo el principio bajo los cuales la mentira y el engaño se sujetan al habla con la ayuda de la seducción de las palabras y el sentimiento gregario de los individuos partícipes en una sociedad, asimismo, hemos trazado los vértices claves para entender la conformación del sentido de las palabras, sin embargo, aún nos falta resolver e indicar uno de los espacios claves de este escrito, la resemantización.

Para llevar a cabo este objetivo es ineludible afirmar que nos apoyamos, por un lado, en la teoría sociolingüística del cambio, en tanto que ésta se opone al estructuralismo formal, debido a que adquiere la concepción de semiosis ilimitada en toda una gama de variantes que tiene el individuo para dar sentido al mundo sígnico que lo rodea.

Bajo esta teoría, ya no se habla de una concepción rígida de la lengua, o de una comunidad lingüística homogénea, ya que se dispone de una diversidad de códigos y de interpretaciones de la realidad que formulan una libertad a la hora de dar sentido a los significantes. Además de sustentar la necesidad de que el léxico, pero sobre todo su sentido, vaya evolucionando en correspondencia con las necesidades de la sociedad.

De esta forma, podemos afirmar —aún escuetamente— que el término resemantizar se refiere a la necesidad intrínseca del ser humano de reformular el sentido de las palabras para lograr una mejor concepción sobre su realidad exterior.

En este sentido, rompemos con muchas de la imprecisiones que definieron al signo durante una larga etapa de su formación, ya que en diversas ocasiones éste acogió lo arbitrario y lo convencional como un “en sí”, cuando a partir de lo mencionado, éste se desarrolla en lo social e individual y no en lo arbitrario, por lo que conforma una unidad cultural, mientras que lo convencional concurre, mas no podría subsistir sin la parte práctica, en este sentido, “cada palabra tiene un campo de significación que es el centro, la base, y está constituido por el campo de una realidad material o social [...] (que) se determina por la práctica social”¹¹, además de que éstas se encuentran sujetas a las connotaciones individuales que cada individuo posee.

Debido a esto, el habernos inclinado hacia una semántica referencial habría sido un acto ingenuo, ya que un significado nunca corresponde omnipotentemente al referente, sino que éste incluye, como ya le hemos repetido innumerablemente, a la semiosis ilimitada.

¹¹Baylón, Fabre, *Op. Cit.*, pág. 81. Las palabras entre paréntesis son propias.

Esta semiosis ilimitada que encuentra un nombre más común en el apelativo campo semántico, debe de entenderse como un campo que evoluciona y que nunca es el mismo, ya que está determinado tanto por unidades culturales, reflexiones personales y contextos, por lo que el sentido está sometido a procesos de revisión crítica, redefiniciones, procesos históricos, etcétera.

A este sometimiento del sentido a los procesos de revisión crítica es a lo que denominamos como resemantización, y ésta se produce cuando no se acepta una determinada interpretación o visión de mundo heredada de la sociedad, concebida como natural, y se contrapone con una revisión crítica autónoma, basada en los conceptos del individuo y puesta a discusión con semejantes a través de la interacción simbólica.

De este modo, debemos tener presente que las realidades de los sujetos son realidades semánticas, y éstas evolucionan a partir de la misma lógica bajo las que fueron establecidas; la necesidad del hombre de crear una realidad que ostentara las herramientas básicas para sustentar las relaciones sociales, por lo que dichas realidades semánticas mutan y están sujetas a los caprichos y vicisitudes del *homo sapiens*.

Es tiempo de exponer el por qué es ineludible la búsqueda de un sentido autónomo, en pocas palabras, la necesidad de que el individuo se inserte en una lógica de resemantización en donde no se dé por natural, ni por acabado el léxico heredado.

Para esto, debemos de contemplar que el individuo asume versiones de la realidad a partir de cánones ya establecidos que se estipulan día a día en la cotidianidad y que son tomados como naturales debido a la naturaleza social y gregaria

de los seres humanos, pero sobre todo, a la necesidad de ser agrupado en un segmento social, apropiándose así, de usos y costumbres externas.

Kathleen K. Reardon¹² nos indica que existen por lo menos cuatro medios por los cuales la gente aprende los modos y las conductas “dignas” aplaudidas por la sociedad en general; 1) asociación; 2) imitación; 3) comunicación y; 4) persuasión. Como podemos observar todas encajan con la forma con la que la gente aprende a comportarse según los gravámenes y los contextos sociales, sin embargo, los primeros no son exclusivamente humanos, ya que un perro o un orangután pueden, a partir de la asociación castigo/recompensa, o a través de la imitación, presentar buenas formas de comportamiento social, mientras que la comunicación y la persuasión son propias del individuo, además de ser medios que requieren de la apropiación de un sentido, y que en un nivel superior, desenvuelven crítica y autonomía por parte del sujeto.

Continuando sobre esta línea, en la cual descansa el espíritu social del ser humano entendido como criatura social, podemos afirmar que una de las principales razones por las cuales el individuo entiende y arraiga en su ser los sentidos provenientes del exterior sin ponerlos a discusión, se debe principalmente a que, en muchos casos, el sujeto es dependiente, y asocia las recompensas garantizadas por las normas aprendidas en su experiencia social a las versiones prestadas de la realidad, por lo que las mismas son entendidas como el mecanismo más seguro para su adecuación en sociedad.

De este modo, podemos presentar la existencia de dos tipos de realidades, las propias y las prestadas, cuya ingerencia está péndula al nivel de autonomía del individuo. Como ya hicimos referencia en el apartado anterior, el sujeto no tiene

¹² Reardon K., Kathleen, *La persuasión en la comunicación*. Barcelona, España. Paidós. 1989, pág. 27.

ninguna facultad de pensar sin signos, por lo que siempre interpreta los acontecimientos y éstos nunca son enteramente la realidad, de lo anterior que podamos advertir que el sentido y su importancia está en el cómo los individuos interpretan los acontecimientos de la realidad, ya que estas interpretaciones pueden derivarse de cogniciones prestadas o bien de cogniciones propias, que en su caso representan lo que entendemos por resemantización.

Por ello, para que haya un proceso de resemantización, se debe “hacer consciente (al individuo que se rige bajo realidades prestadas) la lógica inconsciente de [...] (su) elección”¹³, se debe poner de manifiesto la necesidad de que abogue por sentidos autónomos, con los que logre desarrollarse fuera de los parámetros establecidos por una sociedad que hasta nuestros días se ha caracterizado por su injusticia.

Como bien nos referimos al principio de este capítulo, la mentira y el engaño juegan con el sentido que el individuo implanta sobre sus cogniciones de la realidad, Baylon y Fabre afirman que “las lenguas pueden constituir el universo al que se refieren por tanto, pueden, o bien dar un universo de discurso imaginario, o bien designar la realidad, el mundo”¹⁴.

Atenuando lo anterior, y observando nuestra interacción simbólica cotidiana, no queda duda alguna de que vivimos en una sociedad de mentirosos, en el que el engaño predomina en nuestra interrelación cotidiana a tal grado que somos capaces de mentir desde lo más elemental hasta lo más significativo, cuestión que si tomáramos en consideración, nos llevaría a preguntarnos sobre la significación y el sentido de cada

¹³ *Ibid.*, pág. 41.

¹⁴ Baylón, Fabre. *Op. Cit.*, pág. 59.

una de las palabras que utilizamos a diario y que sirven para dar sentido a una realidad relativa, ya que la verdad pocas veces se desarrolla dentro de ésta.

De lo anterior parte la necesidad de resemantizar; del imperativo de demostrar la incoherencia en la que nos desenvolvemos; de la necesidad de brindarle a nuestro sentido autonomía, modificando y reajustando nuestros campos semánticos hacia una versión propia, lejos de una realidad prestada y predispuesta, buscando seleccionar conductas coherentes y pertinentes con nuestra percepción del mundo, denunciando las incorrecciones y omisiones del léxico social, y aportando nuevas connotaciones a signos que, como lo advertimos, deben de evolucionar para un mejor funcionamiento de la sociedad.

No obstante, hay que tener presente que el ser autónomo no encarna por ningún motivo a un ser egoísta, hipócrita, o ermitaño, sino un individuo consciente de la necesidad de continuar evolucionando hacia una sociedad mejor, caracterizada por la inclusión, la justicia, la prudencia, la moderación, el bien, la piedad así como muchas otras virtudes de las cuales aún carecemos.

Debido a ello, la resemantización es una búsqueda por el sentido autónomo del sujeto, sin perder de vista las virtudes, y sobre todo la ética que un sujeto debe de ostentar para garantizar sentidos y concepciones de la realidad que puedan ser discutidas por medio de la interacción simbólica, ya que no podemos olvidarnos que ésta tuvo y tiene su principio en la formación de convivencia social.

Paulo Freire afirmaba que “nadie libera a nadie, ni nadie se libera solo... (sino que) los hombres se liberan en comunión”¹⁵, y de ahí la necesidad de consensar y discutir sobre nuestros campos semánticos por medio de la interacción simbólica, ya

¹⁵ Paulo, Freire, *La pedagogía del oprimido*. México. Siglo XXI. 2002, pág. 29.

que ésta nos dará mayores bríos sobre la verdad en la realidad, sin olvidar por supuesto la imperante necesidad de presentarnos invariablemente bajo un halo crítico que esté dispuesto a cambiar los contenidos de la semiosis ilimitada para adquirir así, la capacidad de conceptuar con apego a la realidad.

En el siguiente capítulo nos inmergiremos en el ocio, observaremos como la sociedad del engaño y de la mentira, en la que nos hemos desenvuelto por lustros, ha menospreciado y enajenado nuestro tiempo de vida, obligándonos a fungir como seres autómatas, sentenciados a un destino preestablecido por un léxico totalitario. Sin embargo, antes de pasar al capítulo siguiente, quisiera dejar bien asentada la noción que se ha discutido a lo largo del presente apartado. Entiendo el término resemantización como el hecho de llevar acabo una redefinición y, por lo tanto, una transformación en las connotaciones partícipes dentro de los campos semánticos. Es el tratar, por medio de abstracciones, diálogo y crítica, de apegarnos lo más posible a la verdad.

En razón de ello, la resemantización se entiende como un proceso, como una acción, un verbo, en el que confluye la racionalidad, la búsqueda de la verdad, la crítica y la autonomía, instando a disipar los diversos filtros impuestos, permitiendo visualizar los cauces en los que se desarrollará el individuo en búsqueda de una realidad que le permita entenderse plenamente.

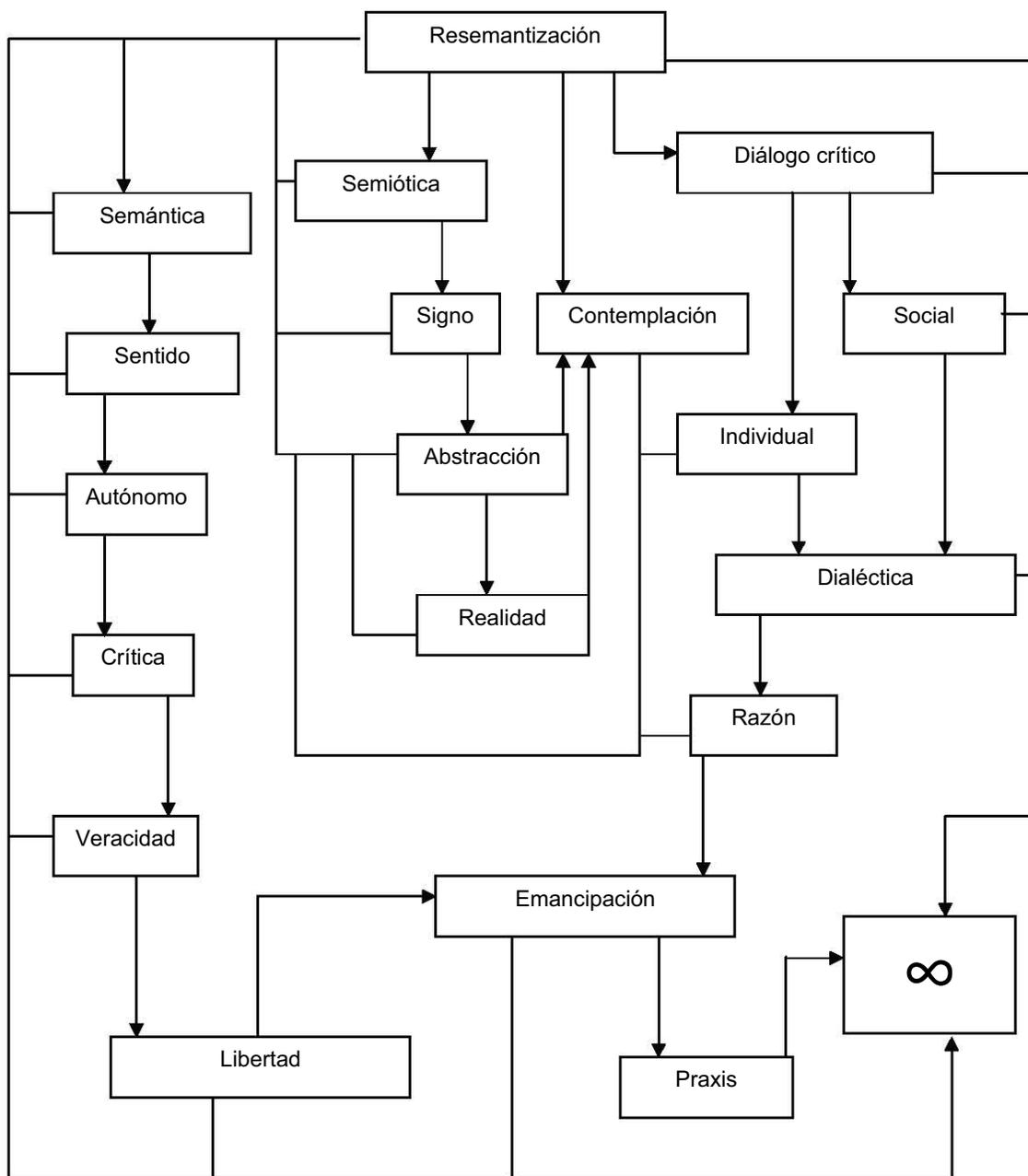
Podríamos afirmar que la resemantización se apega a las connotaciones de emancipación y conciencia, encontrando su antítesis en la enajenación.

Siguiendo la línea que se desarrollará a lo largo del escrito, en donde se expondrá la enajenación y, por lo tanto, la dominación, como un fenómeno enteramente

cultural, la resemantización aparece como un proceso, por medio del cual, se pueden redefinir las unidades culturales, permitiendo, de este modo, romper con las cadenas sígnicas impuestas.

A continuación se presenta un proceso de semiósis ilimitada en donde se muestra, desde mi subjetividad, las cadenas connotativas abstraídas a partir del término resemantización:

Esquema 1. 2 Ejemplo de semiosis ilimitada sobre el término resemantización



2. Ocio

2.1 El rompimiento con la diosa

El pensamiento, la abstracción, y la crítica de la humanidad residen en un perpetuo estancamiento. La realidad impuesta monopoliza la razón, introduciéndola en parajes de artificios y ficciones, provocando que el sujeto se inserte en lógicas de mimetización, conformándose como un ser histriónico, protagonista de una representación homogénea.

Ese ha sido el rol de miles de millones de sujetos en conformidad con el paso del tiempo y de su continuo atestiguamiento en el surgimiento y caída de epistemes, en donde las emociones, las acciones y la razón preponderante se han impuesto en el lenguaje así como en la simbología del ser-social, por lo que es ineludible el tratar de explicarnos la adicción del sujeto por ser aceptado y convertirse en un punto más de la masa.

En cuanto tal, podemos situar como vértice de este proceso el paso de una cultura matrística prepatrilcal (comunidad agrícola igualitaria) hacia una cultura patriarcal. Ángulo que mutó condiciones de amor por otras de confrontación. Una cultura que finalizó con un régimen en el cual las conversaciones basadas en el disenso y el consenso estaban al orden del día, en el que el ocio se vinculaba en todas las esferas vivenciales y sociales, e impuso una eterna lucha por la apropiación, la negación del otro, así como la coacción, el dominio y la conquista como requisitos del ser en concupiscencia.

Aquel mundo perdido referido a Venus invoca la asociación existencial de los poderes reproductivos femeninos. Sus ciclos se conjugaron con los ciclos naturales del mundo. Aquella época agraria se distingue por tener una deidad antropomórfica femenina, hecho que atestigua o manifiesta una división de trabajo, mas no una superioridad entre géneros, en otras palabras, una sociedad no estratificada.

Riane Eisler, en *El cáliz y la espada*, nos pone de manifiesto por medio del arte, la cosmología de sociedades como la cretense, en donde las múltiples imágenes o representaciones de la diosa nos exponen una interpretación del mundo en donde los designios sociales no se localizaban en la conquista sino, en el cultivo —tanto material como espiritual— de una cultura avocada a proveer, sin espíritu pecuniario, a la filantropía.

No obstante, este complejo social llegó a su consumación, y no fue su mala organización, ni su falta de avaricia, egoísmo o poderío —como podrían llegar a afirmar los discípulos de Maquiavelo—, fue la marcha de destrucción y desolación que asentaron las tribus nómadas, grupos como los Kurgos, mejor conocidos como tropas indoeuropeas o ario-parlantes, quienes impusieron el modelo dominador de organización social caracterizado por el señorío, la violencia, y una estructura jerárquica-autoritaria.

Indoeuropeo o ario, conceptos idealizados por Hitler, serían el arquetipo de las sociedades que desde aquel vértice desarrollarían culturas enfermas de poder y riqueza.

2.2 Génesis del sentido del ocio enajenado

La deificación de la figura antropomórfica masculina abocada a sacrificar, castigar y fungir como un padre al que hay que temer y venerar proveyó como secuela la quimera de un ser que sólo puede relacionarse con lo que posee, un ser que ama el control, la preponderancia basada en la ley y el orden, una cotidianidad mecanizada, en palabras de Fromm, un ser necrófilo, quien se aferra a la muerte debido a que “la vida nunca es segura, nunca es previsible, nunca es controlable;(y) para hacerla controlable, hay que convertirla en muerte; (ya que) la muerte es, ciertamente, la única seguridad de la vida”¹⁶.

De tal forma, podemos hablar de que el esparcimiento del pensamiento necrófilo dio como corolario la aparición de una clase que segrega, coacciona y explota a otra. El masoquismo y el sadismo se generalizó, la cosificación se dio en todos los niveles. El idealizar la fuerza y el poder en vez del amor a nuestros semejantes se cristalizó en norma.

La destrucción de la comunidad agrícola igualitaria tuvo como consecuencia la emersión de una nueva clase social que aboga como características genéticas; 1) la guerra; 2) la propiedad privada y; 3) las herramientas para cosificar las realidades semánticas.

Al ser conquistada la sociedad matrilineal la proeza, la hazaña y la fuerza se conformaron como los modelos a seguir. La aparición de sacerdotes guerreros capaces de cambiar la cosmogonía y cosmología por medio de la fuerza así como por medio de

¹⁶ Fromm, Erich, *El corazón del hombre*. México. FCE. 2003, pág. 42. Las palabras entre paréntesis son propias.

la destrucción de los símbolos antropomorfos de la diosa dio como resultado que se forjara una realidad relativa, basada en la coacción y en la yuxtaposición de una interpretación de mundo impuesta.

La división del trabajo se insertó en una lógica jerárquica laboral en donde el hombre se dedicaba a la caza, una muestra más de su poderío, de su ansia de hazaña, mientras que la mujer se dedicaba a servir, bajo la oscura sombra del déspota, a una sociedad habituada a la coacción. Se dio la clasificación entre proezas dignas e indignas, en donde las que implicaban sumisión o servidumbre se connotaban a la degradación y a lo innoble.

Con el paso del tiempo la economía, la política, así como todas las esferas sociales, se transformaron para dar cabida a una cotidianidad que exteriorizará la “dignidad, el valor y el honor” de los seres abocados a destruir y poseer todo aquello capaz de ser sometido.

Un ejemplo claro de la ruina de la deidad femenina y el levantamiento de la deidad masculina abocada a la posesión y la ostensión de su poder lo encontramos en el Deuteronomio 22:28-29 en donde se nos dice: “si un hombre encuentra a una muchacha virgen y sin compromiso de matrimonio, y la obliga a acostarse con él y son descubiertos, entonces el hombre tendrá que entregar al padre de la joven cincuenta monedas de plata; y , como la ha deshonrado, tendrá que tomarla como mujer”.

La arriba citado nos muestra la cosificación y las ansias de demostrar derroche, hazaña y espíritu pecuniario, la posibilidad de destruir lo vivo amasándolo y deformándolo hasta ser empatado con el ego.

2.3 Identificación de la clase ociosa

Como lo referimos en el apartado anterior, la aparición de la estratificación de clases coincide con la aparición de la propiedad privada y la imposición de una realidad basada en el autoritarismo. Al tratar de entender el porqué de esta simultaneidad, tenemos que pensar que en una comunidad agraria igualitaria no existía amo ni dominado, todos participaban tanto en la preparación de la tierra, en el cultivo, en la extracción, así como en la repartición, mientras que con la aparición del individuo necrófilo todo mutó hacia una segregación entre clase ociosa (aquella que se puede dar el tiempo de deleitarse en placeres personales, ya que no tiene la necesidad de trabajar debido a que tiene bajo su yugo a otros individuos que le producen plusvalía) y clase trabajadora.

La clase ociosa gradualmente fue imponiendo el concepto de riqueza acumulada bajo eslóganes de utilidad, en donde la demostración de la superioridad del necrófilo se accionaba al dedicarse en actividades no laborales.

Se llegó a considerar al trabajo manual como algo denigrante para el hombre, e infinitamente inferior a la vida contemplativa. Lo anterior se evidencia en múltiples manifestaciones filosóficas.

Aristóteles exponía al trabajo como una actividad innoble, o bien Platón, quien hace observar el βανανδς —el mecánico, especialmente el herrero—, como un personaje enano y calvo derivado de la actividad manual que se sirve de utensilios que con el tiempo producen ciertas deformaciones somáticas y psíquicas en el trabajador.

Lo arriba descrito nos sirve de referencia para deducir que la acumulación y el derecho a no trabajar más que en hazañas o en empresas ociosas se procuró —en las clases hegemónicas— con la defunción de la diosa. El ocio se connotó y sujetó de forma directa a la reputación. El poder hacer uso del tiempo de vida en actividades capaces de merecer un grado mayor de nombradía para el individuo se tornó la norma.

De esta forma, en las sociedades patriarcales, se emprendió la eterna lucha en pos de la reputación, bastaría remitirnos a los Aztecas, quienes a través del Pochteca o comerciante, nos esgrimen la lucha por la notoriedad y estatus entre sus miembros como un rasgo especial de los mismos; “era la posibilidad de ascender en la escala social mediante el gasto de riquezas en las ceremonias, invirtiéndolas en la compra de esclavos para el sacrificio, que equivalían a los cautivos aprendidos por los guerreros”¹⁷.

No hace falta asentir que lo anterior provocó una oleada esnobista en donde la emulación pecuniaria se volvió un fin.

Esta lucha sin cuartel en búsqueda de clase y manifestación de poderío se extendió en todas las áreas de la vida social, provocando que el ocio se mudara a la simbología del acaudalado. En términos de Thorstein Veblen, la ociosidad ostensible se insertó en la sociedad con un efecto depredador, obligando a que el trabajo manual simbolizara debilidad y sujeción, mientras que la riqueza se empotró como un manifiesto en donde el éxito se encarnaba a través de la abstención laboral, tornándose el gobierno, la guerra, la religión, el deporte, y los juegos de azar como las únicas formas de demostrar hazaña. El tiempo ocioso se asentó como el espacio que la

¹⁷ Carrasco, Pedro, *Cultura y sociedad en el México Antiguo en Historia general de México*. México. El Colegio de México. 2000, págs. 198-199.

“clase honorífica” utilizaba para regalarse a las prácticas pecuniarias, como la pintura, la música, la crítica literaria, en general las artes y el espectáculo; en industrias que ceñían el aura de derroche ostensible.

De esta forma, la abstención del trabajo se consagró como el “impuesto por el decoro”¹⁸. El ocio engulló lo honorífico, significando “pasar el tiempo sin hacer nada productivo: 1) por un sentido de la indignidad del trabajo productivo, y 2) como demostración de una capacidad pecuniaria que permite un vida de ociosidad”¹⁹.

La conjunción de la emulación pecuniaria, el derroche ostensible y la sublimación del ocio, transformaron la concepción del vocablo ocio insertándolo en una ocupación, por lo que la enfermedad esnobista tenía como síntomas el mostrar conocimientos que fueran adquiridos por medio de actividades no productivas —como ejemplo tenemos los hábitos de las sociedades feudales, en donde el estudio de los modales en la mesa era la prueba de la notoriedad pecuniaria.

Regresando al sadismo y masoquismo al que la sociedad se ha enfrentado como patologías habituales, tenemos que la clase necrófila, amante de la institucionalidad de la propiedad privada, tiene como principio la razón utilitarista, por lo que utiliza a todas aquellas personas que lo rodean como sujetos capaces de simbolizarle aún más poder.

El término utilizado por Veblen es *ocio vicario*, que no es otro más que el propiciar a los sujetos la posibilidad de ostentar riqueza a través de la ociosidad de sus allegados. Esto se puede exponer llanamente con la visión que se tiene hoy en día de la mujer burguesa, quien por medio de su derroche ostensible le proporciona a su

¹⁸ Veblen, Thorstein, *Teoría de la clase ociosa*. México. FCE. 2004, pág. 67.

¹⁹ *Ibíd.*, pág. 69

amo/marido estatus pecuniario. Lo anterior se pone de manifiesto en la modernidad debido a que la idealización y sublimación del trabajo ha injerido en el pensamiento de todos los grupos sociales, provocando que el hombre al querer desplegar el título de ostensibilidad pecuniaria se dedique a trabajar (en tareas no productivas o labores que no indiquen esfuerzo corporal) en búsqueda de hazañas que forjen la simbología de lo exitoso, extendiéndole a su abuelo y a su esposa la capacidad de emplearse en prácticas ociosas que eleven considerablemente su estatus.

De esta forma, tenemos que la propiedad privada posee como fundamentos para la clase ociosa la posibilidad de heredar la ociosidad por medio del linaje, así como la propiedad de, por medio de la esposa, generalizar el ocio con una connotación vicaria, demostrando que la finalidad de la esposa no es otro que no ocuparse de nada sustancial, siendo su único deber el cuidado de la buena reputación del linaje patrilíneo.

A través del ocio vicario se dio una evolución de derroche ostensible, provocando que el gasto en el consumo se volviera hacia objetos superfluos, incitando a que esta idea se propagara por medio de la necesidad del ser humano por romper con el hastío que su soledad le provoca, consintiendo que el esnobista se empote en su forma de vida, incitando que hoy en día vivir bajo un halo de decoro se implante en la emulación de una clase enferma por sí misma, en el cual su poder y riqueza dictan las líneas generales a seguir²⁰. En palabras de Veblen: “el principio de gasto ostensible

²⁰ Más adelante observaremos que este proceso se ha tornado con la aparición de las tecnologías de la información en una realidad esnobista mediática, en donde la posibilidad de ingresar el ocio de las clases pomposas en las vidas televisivas del sujeto mediático, estimula que el derroche, la ostentación, y en general todos los hábitos de la clase hegemónica se propaguen precipitadamente.

guía la formación de los hábitos mentales que definen qué es lo decoroso y loable en la vida y en las mercancías”.

Se da entonces, una deificación en los hábitos mentales de los hombres, en donde el principio de derroche ostensible se vierte en el principio de divinidad, provocando que la belleza se inserte en términos de utilidad, en donde el provecho de lo bello encuentra su basamento en la reputación. De lo anterior que el principio de exclusividad de los objetos sea la base sobre la cual se le extiende su carácter honorífico. Podemos aseverar que el canon de belleza pecuniaria se guía bajo los criterios de reputación pecuniaria.

Como prototipo de objeto fetiche tenemos el vestido. El buen vestir es un claro manifiesto de la situación pecuniaria, éste debe implicar que el usuario además de tener poder económico no se dedica a ninguna especie de trabajo productivo. Los vestidos deben simbolizar el ocio y el derroche, además de que pueden simbolizar dependencia económica, como es el caso del ocio vicario, en donde la mujer representa a su hombre por medio de su vestimenta, de lo anterior que Veblen exponga una similitud entre las vestimentas sacerdotales y los vestidos de la mujer, ambos expresan servilismo y vida vicaria.

No es extraño que las clases acomodadas o necrófilas no quieran que la vida se inserte en otras lógicas. Como se expuso anteriormente, *expresan su satisfacción en el espectro muerto*, se desenvuelven en una psicología del conservadurismo, por lo que la preservación del episteme es su objetivo. Se interesan en robustecer el conservadurismo imponiendo obstáculos para el desarrollo social, político, económico, pedagógico, etcétera, se desenvuelven en todas las esferas en búsqueda de un

mínimo cambio para destruirlo, borrarlo o, en su caso, transformarlo y disfrazarlo de la razón de los oprimidos.

La aparición de la cultura bárbara y el derrocamiento de las comunidades agrícolas igualitarias han polarizado las clases. Podría señalarse que dio como resultado que: “la falta de escrúpulos, de conmiseración, de honestidad, y de apego a la vida contribuyan dentro de ciertos límites, a fomentar el éxito del individuo en la cultura pecuniaria”²¹.

Este estado depredador de vida originó el régimen de competencia bajo el cual el capitalismo voraz se ha instaurado como el último basamento de la pirámide. Los intereses se centran en la eficacia industrial y en el conservadurismo del poderío de la clase ociosa, dejando las tareas productivas a los seres bajo su dominio —tanto psicológico como material— promoviendo una realidad *unidimensional* (en términos de Marcuse), en la que se atenúa, en todas las esferas de la vida, aptitudes depravadas de la vida en comunidad, en otras palabras, una clase de pedagogía burguesa se ha insertado en la razón social.

La división del trabajo origina una jerarquía profesional donde el empresario, el jurídico, el banquero y el político se localizan en una intensa competencia en búsqueda del máximo galardón, que es su estatus, mientras que los oprimidos se encuentran en un eterno letargo propiciado por el esnobismo y la necesidad de ser aceptados dentro de un círculo social “superior”.

Como característica de la clase ociosa, tenemos su siempre presente competitividad, así como su necesidad por demostrar su sustento financiero asumiendo con ello la posibilidad de sustentar los vicios como parte de su estatus. La doble

²¹ Veblen, Thorstein, *Op. Cit.*, pág. 201.

moralidad presente desde la llegada de la clase ociosa a la cumbre de la estratificación social se hace presente y permite al portador del espíritu pecuniario derrochar con base en la notoriedad toda una gama de desenfrenos que aumentan su reputación. En la llamada posmodernidad bastaría ver lo que producen las grandes fugas de capitales y la búsqueda de rendimientos en los países “en vías de desarrollo”, no es raro por lo anterior que nos desenvolvamos en lo que muchos teóricos²² denominan como *industria casino*, en donde los grandes apostadores ociosos juegan con la vida de los desamparados.

Como conclusión, podemos afirmar que “los cánones fundamentales de la vida de la clase ociosa son: un derroche ostensible de tiempo y bienes así como una ausencia de contacto con el proceso industrial”²³. Estos gravámenes se insertan en el inconsciente colectivo por el carácter emulador de los sujetos, produciendo una cultura pecuniaria generalizada.

Veblen retrata de forma precisa la evolución y el presente de la realidad social en donde:

Las exigencias de derroche impuestas por el decoro absorben la energía sobrante de la población en una competencia valorativa y no dejan margen para ninguna expresión de la vida que no tenga que carácter valorativo. Los efectos espirituales más remotos y menos tangibles de la disciplina impuesta por el decoro actúan en la misma dirección y operan acaso con mayor eficacia en igual sentido. Los cánones del decoro son resultado de una elaboración del principio de

²² Entre ellos Vivian Forrester, autora de *Una extraña dictadura* y *El horror económico* ambos editados por el FCE.

²³ Veblen, Thorstein. *Op. Cit.*, pág. 287.

comparación valorativa y, en consecuencia, operan en el sentido de inhibir todo esfuerzo no valorativo y de inculcar la actitud egoísta.²⁴

No es raro entonces que la clase ociosa se avoque a insertar en el sujeto dominado una realidad enajenada, anteponiéndole entornos en los que la vida se quede al margen de la fascinación por las mercancías. Al lograr educar y monopolizar su tiempo como es en el caso de la concepción de la *educación bancaria*²⁵, así como del trabajo enajenado, el dominador logra agenciarse de todos los medios para ejercer su potestad ociosa.

²⁴ *Ibíd.*, pág. 307.

²⁵ Término expuesto por Paulo Freire en la *Pedagogía del oprimido* en el que se hace referencia a una educación mecanizada en donde el único rango de acción que se ofrece a los educandos es el de recibir sentidos impuestos como naturales, para depositarlos, guardarlos y archivarlos.

3. Resemantización del ocio

Antes de dar cabida a la explicación de las entrañas que conforman este tercer capítulo, es imperante que el lector tenga presente la forma en la que se expondrá el mismo.

En los primeros dos apartados resolveremos el sentido del cómo lo enunciado en el segundo capítulo se ha adecuado a nuestra cotidianidad, ya que, como lo afirmamos anteriormente, *el episteme juega un gran papel en la comprensión del sentido que los sujetos aprecian en las variantes léxicas, y por lo tanto (se hace evidente) la necesidad de comprender la dimensión sociosemántica a la hora de hacer un estudio sobre el sentido de cualquier signo.*

De esta forma, tomaremos como principio el hecho de que los sujetos no han dejado de perpetrar el mismo desliz, inclusive allí, en lo que hoy se denomina como la cuna de la civilización, lugar en el que, aunque se comprendía la importancia del ocio, su práctica se apegaba a la esclavitud de los muchos²⁶.

En el tercer apartado nos involucraremos en la necesidad de resemanitizar el ocio, involucrando la imperante necesidad de convertirnos en seres históricos, dejando atrás el conformismo prevaleciente, sin perder de vista que en la conformación de nuevas realidades semánticas (como ya hicimos referencia): *“nadie libera a nadie, ni nadie se libera solo, sino que los hombres se liberan en comunión”*²⁷.

²⁶ Para los helenos la *Skholé* (ocio) “no era un simple no hacer nada, sino su antítesis: un estado de paz y de contemplación creadora —dedicada a la *theoría*— en que se sumía el espíritu”, sin embargo, como ya lo denotamos en líneas anteriores, sus principales filósofos observaban la necesidad de una sociedad clasista, en la que la base de la pirámide no merecía libertad alguna. Véase Frederic Munné, *Psicosociología del tiempo libre*. México. Trillas. 2004, pág. 40.

²⁷ Paulo, Freire, *Op. Cit.*, pág. 29.

3.1 Medios, consumo, ocio y enajenación

Con la era de la información²⁸ gestada, los medios masivos se han convertido en los nuevos distribuidores del saber, quitando de este modo el papel principal, como centro de transmisión de la “racionalidad” predominante, a la escuela.

A finales del siglo XX y principios del XXI, la televisión se ha instalado como el nuevo soporte del “conocimiento” público, desfasando de este modo al antiguo brazo de coacción semántica (entiéndase escuela), instituyéndose como las nuevas fuentes del saber, dignas de una sociedad industrial-financiera avocada a los principios del consumo. Los apelados *mass media* recrean un nuevo clima cognoscitivo de aprendizaje, insertando en el lenguaje audiovisual, nuevos valores, identidades y aspiraciones a una masa de espectadores.

En el contexto de principios del siglo XXI se está gestando una transformación radical en la “educación”²⁹. Los pilares se están derrumbando bajo los ojos de una sociedad visual. La escuela ya no se configura como la depositaria privilegiada del saber, su enseñanza con basamentos en la alfabetización de la lectura-escritura está siendo desfasada por el nuevo lenguaje visual.

El sujeto en la era de la información se configura a partir de las prácticas realizadas dentro del espectro televisivo, su vida e idiosincrasia se derivan de un proceso de interacción mediática entre su necesidad de entender y la necesidad de los sujetos detentores de la hegemonía por ganar capital, su cosmovisión es alineada a la

²⁸ Véase Manuel Castells, *La era de la información*. México. Siglo XXI. 2001.

²⁹ En palabras de Noam Chomsky, se está produciendo no una transformación radical en la educación, sino un proceso de deseducación, un adoctrinamiento tendencioso en el que se deforma o suprimen las ideas y la información no deseada. Véase *La deseducación*. Barcelona, España. Crítica. 2002.

de un comercial, cada cuadro que se presenta en la vida del espectador es representado por el rol predominante en el televisor. El cuerpo gobernante especifica un especial interés en una realidad semántica inamovible, obligando de esta forma a los sujetos simbólicos a seguir siendo gobernados por los detentores del espectáculo.

Esta alienación multimedia, generada bajo las nuevas tecnologías de la información, patenta bajo su aurora productiva sujetos estandarizados, instruidos para la consecución de un destino único, la trivialidad. El individuo se desenvuelve bajo una estela de ignorancia, conformismo y adoctrinación.

El fetichismo por las mercancías, sus sutilezas metafísicas, así como sus resabios teológicos, en términos de Marx, inundan con un carácter místico la psicosis consumista.

El evangelio del consumo propagado desde 1920³⁰ ha camuflajeado cualquier connotación antigua del término consumo —destruir, saquear, someter, acabar—, hoy sus mandamientos se instauran bajo gravámenes de emulación burguesa, estableciendo el lujo como necesidad.

En nuestros días, la existencia es personificada bajo eslóganes de estatus, teniendo como sello distintivo la enfermedad. Vivimos enalteciendo la euforia dentro de nuestra desdicha, imitando los mismos espasmos de felicidad vana y consumista. Únicamente somos capaces de reconocernos al comprar acompañados de nuestros semejantes.

Con la implementación del consumismo como modo de vida, se dio paso a la imposición de campos semánticos enajenantes, la falsa conciencia se multiplicó,

³⁰ Jeremy Rifkin en *El fin del trabajo* afirma que fue en 1920 que los economistas, así como los empresarios, cambiaron la percepción de los consumidores —quienes se distinguían por ahorrar— instigándolos, por medio del evangelio del consumo de masas, a consumir. España. Paidós. 1996.

produciendo egocentristas mediáticos —personajes interpretados por individuos cuya identidad se encuentra extraviada bajo las grandes e iluminadas mamparas con sello de caducidad. Encauzados exclusivamente a personificar el rol dictado por el televisor, estos personajes simulan su existencia bajo un monólogo con marca registrada. La clase ociosa ha logrado su objetivo, el ser imitada por una raza ignara enajenada.

Podemos señalar que el objetivo del sujeto en la actualidad es el satisfacer necesidades impuestas bajo circunstancias televisadas; descansar, trabajar, divertirse, ejercitarse, todo se equipara en concordancia a los anuncios publicitarios. Nuestro día es un gran comercial de 24 horas dirigido a nuestros allegados. Somos mercadotecnia materializada, conformamos el sueño húmedo de todo publicista, somos el éxtasis del empresario, la catarsis del sistema. Nuestra percepción de libertad se limita a la adquisición de productos y a concebir nuestra realidad como sujetos patrimoniales. Nuestras inyecciones dosificadas de moralina televisiva se reducen a una ética utilitaria en donde la felicidad es atendida a las pulsiones reproductoras del sistema, inculcando el egoísmo como la eudaimonía del ser posmoderno.

Sustentando la prostitución de nuestro ser a cada momento, subastamos el conocimiento, el tiempo, el amor, el pensamiento, por la inmundancia de productos vanos. Somos detentores de intereses particulares, nutrimos nuestra esclavitud otorgando la deidad a productos infectados de represión y autoritarismo.

Nuestra vida se resume en necesidades insatisfechas, en todos aquellos productos que nunca fuimos capaces de adquirir, nuestras victorias y derrotas se miden en productos adquiridos. Se puede afirmar que en la actualidad, la vida, es un gran paseo por los centros comerciales.

3.2 Industria del Ocio (la degeneración de la contemplación)

“Es horrible, una horrible aguachirle que entra en las mentes de cabezas jóvenes. Dios mío, les dan mierda y se las comen. ¿No tienen discernimiento? ¿No tienen oídos? ¿No perciben la adulteración, la ranciedad?”

Charles Bukowski

No es inverosímil ubicar al ocio en la edad moderna como una industria, cuando la totalidad se ha instalado en una. El ocio ha sido disminuido a expresiones apegadas al holgazaneo y a la improductividad³¹, es comúnmente derivado como el tiempo que, en términos clasicistas, subsiste después de haber explotado al máximo los principios productores del hombre cosificado. Dicho de otro modo, el ocio es el esparcimiento destinado a revitalizar la fuerza de trabajo de aquellos que se encuentran bajo el yugo de *laborare*³².

Podemos afirmar que nuestra concepción del ocio se deriva en parte del pensamiento Ciceriano en el cual el *otium* era considerado como el “tiempo de descanso del cuerpo y recreación del espíritu, necesario para volver a dedicarse —una vez recuperados— al trabajo y al servicio público”³³. En este sentido, podemos afirmar que los romanos implantaron profundamente la perniciosa costumbre de vedar, a la

³¹ Podemos afirmar que dichas connotaciones al significativo ocio tienen como génesis el puritanismo del siglo XVII, ya que fue a partir de esta fecha que el ocio adquirió la doble moralidad presente en casi todos los aspectos del capitalismo, inculcando en el individuo una divinización hacia el trabajo, entendiendo al ocio como la madre de todos los vicios, atestiguando que únicamente aquellos que envuelvan su vida bajo el aura del trabajo llegarán a la gloria eterna. Sin embargo, hay que tener presente que muchas de las actividades consideradas como ociosas, en décadas anteriores, se fueron considerando, con el paso de los años, profesiones que atañen a la lógica laboral.

³² La noción trabajo se refirió en diversas lenguas europeas a la diligencia del gentío “sin poder decisorio; de los dependientes, los siervos y los esclavos... En latín “*laborare*” significa *sufrir una pesada carga*”, por lo tanto, la percepción trabajo, un sus orígenes, no se refiere por ninguna vía al aspecto humano autónomo de producción, sus indicios se remiten a un destino social establecido y promulgado por los detentores del ocio. Véase *Manifiesto contra el trabajo* de Kurz, Trenkle y Lojoff, en *Un mundo sin trabajo*. México. Driada. 2004, pág. 121.

³³ Munné, Frederic, *Op. Cit.* pág. 42.

estratificación baja, la recreación del espíritu, ya que si recordamos, una gráfica propia de los romanos a la hora de gobernar se remite a “pan y circo”, en donde el circo, al eliminar el tiempo de reflexión, crítica y autonomía del sujeto explotado, era considerado como un medio sumamente eficaz para la despolitización del pueblo.

Podemos afirmar que en la actualidad el ocio ya no connota, en ningún instante, tiempo de esparcimiento o de reflexión, sino que es entendido como la mecanización del razonar del ser, induciendo al sujeto a envolver su facultad de alcanzar el conocimiento, en métodos procedentes de lógicas estructuradas para el dominio de los pocos³⁴.

Los denominados *mass media* o, en términos de la Teoría Crítica, la *industria cultural*, ha llevado a la estandarización de los preceptos de producción en serie bajo los cuales se desenvuelve la lógica de dominio. En el tiempo de ocio enajenado la inmensa masa es instruida como guardia adicional del sistema.

El ocio, bajo esta lógica de poder, es menospreciado y llevado a la connotación de asunto de entretenimiento. Este “asunto de entretenimiento” tiene como finalidad entregar a los emporios industriales, así como a las “urnas democráticas”, seres alienados, completamente dispuestos a retomar los preceptos impuestos como propios.

La irracionalidad del mundo moderno es que a pesar de que el ser nunca tiene un llamado de conciencia propia, ni es reflexivo acerca de su actuar cotidiano, es palomeado por las instituciones dirigentes como un ser racional, “consciente” de la importancia de su voto y de su papel en una vida mecanizada.

³⁴ Se podría entender, en este sentido, que los grupos hegemónicos ingieren connotaciones a los signos, que, en caso de que el individuo no reflexione sobre éstas, las arraigarán como naturales, induciendo la mecanización del razonar del ser.

En razón de ello, el hombre ha terminado por mitificar su realidad, se dirige a las urnas electorales como se dirige a la iglesia, a dejar su esperanza en deidades personificadas por candidatos “democráticos”.

El tiempo de ocio esquematizado en la realidad moderna como industria, no debe dejar tiempo para la reflexión, debe achacar y destruir todo pensamiento de resistencia, su deber es cosificar durante el tiempo libre al trabajador, así como a todo su abolengo, por medio de programas que simulen las unidades de producción.

La fragmentación de la conciencia es el fin último, y su principal rasgo es que por medio de su homologación, en términos hegemónicos, la realidad se ha convertido en una visión filtrada por la industria cultural. El mundo se ha convertido en una estela de luces que deja el *zapping* al televidente.

La industria cultural se ha convertido en una traducción estereotipada de la totalidad, en términos de Marcuse: “los productos adoctrinan y manipulan: promueven una falsa conciencia, y a medida que estos productos útiles son asequibles a más individuos, el adoctrinamiento deja de ser publicidad; para convertirse en el modo de vida”³⁵. En otras palabras, podemos afirmar que las deidades únicamente cambiaron de piel, ahora, en lugar de pedir bienes de salvación renunciando a la felicidad terrenal por el edén, transferimos estos bienes de salvación a productos sublimados, renunciando así al tiempo de ocio reflexivo y crítico por un tiempo sometido al conformismo y a la alienación.

Al tener nuestra realidad cosificada en el mecanismo del mercado, la cultura se monopoliza bajo el ritmo de producción y reproducción mecánico, teniendo como fin último un público ideal.

³⁵ Marcuse, Herbert, *El hombre unidimensional*. Barcelona, España. Ariel. 1999, pág. 28.

Este público ideal se viste de la lógica del sistema social, dando como principio la mimesis, e imputando a los individuos el modo obligatorio de comportamiento en una realidad presentada como natural. De esta forma:

Bajo el monopolio privado de la cultura, "la tiranía deja el cuerpo y va derecha al alma. El amo ya no dice pensad como yo o moriréis". Dice: "sois libres de pensar como yo. Vuestra vida, vuestros bienes, todo lo conservareis, pero a partir de ese día seréis un extraño entre nosotros"... hoy la oferta y la demanda fungen como el mecanismo de la superestructura a favor de los que dominan³⁶.

Hoy la cultura, y en especial la contemplación con miras a la reflexión en búsqueda de la verdad, se han empotrado en una industria de diversión y entretenimiento, en donde la única ideología operante es el negocio, hoy en día "la diversión es la prolongación del trabajo bajo el capitalismo tardío [...] el placer se ha petrificado en aburrimiento pues para seguir siendo tal no debe costar esfuerzo alguno"³⁷, de esta forma se solidifican las relaciones de dominación debido a que la industria del ocio significa el único escape del proceso de trabajo, un escape cínico, ya que en sus contenidos se expone la misma ideología de poder.

Podemos determinar que la industria cultural tiraniza nuestro ocio, apropiándose de su simbología e insertándolo en un entretenimiento irreflexivo, llevando al ser a una conformidad perniciosa.

³⁶ Alexis de Tockeville en Horkheimer, Max y Theodor W, Adorno, *Dialéctica de la Ilustración*. Madrid España. Trotta. 2004, pág. 178.

³⁷ *Ibid.*, pág. 181.

Hoy en día, bajo el filtro de la industria cultural, el ocio es entendido como tiempo de diversión, tiempo de recreo improductivo en el que el no pensar y el olvido de nuestro ser, así como del dolor que representa la cosificación, sea olvidado inclusive donde se presenta.

La televisión reproduce hoy en día al hombre a su imagen y semejanza, imponiendo campos semánticos que son tomados como fetiches, permitiendo que el contenido revele la permanente coacción social por medio de la universalización del lenguaje.

De esta forma, como afirmaba Marcuse, en nuestra sociedad:

[...] los controles sociales exigen la abrumadora necesidad de producir y consumir el despilfarro; la necesidad de un trabajo embrutecedor cuando ha dejado de ser una verdadera necesidad; la necesidad de modos de descanso que alivian y prolongan ese embrutecimiento; la necesidad de mantener libertades engañosas tales como la libre competencia a precios políticos, una prensa libre que se autocensura, una elección libre entre marcas y gadgets³⁸.

El ocio en la actualidad ha sido reducido a una industria, a una simple suma que deriva la supresión de la reflexión y contemplación, a la “improductividad” y el “holgazaneo” de sujetos que viven bajo el yugo del *laborare*. El ocio ha sido sometido a un mero espectáculo en donde el aburrimiento y la diversión se instituyen para producir un pensamiento híbrido abocado al alineamiento de las realidades semánticas.

³⁸ Marcuse, Herbert. *Op. Cit.* Pág. 37.

3.3 Resemantizar el ocio

La realidad del hombre se ha desarrollado perpetuamente como un problema teórico y práctico, en otras palabras, entre su adecuación a la verdad y al exterior. A grandes rasgos, el ser se divide en dos adecuaciones distintas; por un lado una puramente intelectual, que inquiere la incorporación de la verdad³⁹ al pensamiento en conformidad con la realidad; y por el otro, la moral, que se desenvuelve en las fronteras de lo práctico, adecuando su conducta con la verdad asimilada.

De la dicotomía formada entre la verdad como adecuación al pensamiento en conformidad con la realidad y a la vida como adecuación de la conducta con la verdad, nace como síntesis la ética; que no es otra cosa que la vinculación de lo teórico y lo práctico.

Remontándonos en el tiempo, el término ética se deriva de la costumbre, por lo que con frecuencia la ética se puntualiza como la doctrina de las costumbres, doctrina que Aristóteles dividió en virtudes dianoéticas, virtudes propiamente intelectuales, y las virtudes éticas, encargadas de desenvolverse en la práctica.

Las costumbres son hábitos generados a través de una cotidianidad social, éstas son colectivas, devienen de la historia social, pero, y ahí el meollo del asunto, ¿qué pasa cuando estas habitualidades son transmitidas bajo una estela de dominación como lo hemos observado a lo largo de los apartados que conforman este ensayo?

³⁹ Nunca debemos de perder de vista que esta verdad es relativa, ya que depende enteramente de la aprensión de los campos semánticos codificados por los sujetos, en donde el nivel de autonomía varía dependiendo forzosamente de la crítica ejercida por el mismo.

La respuesta a la pregunta anterior es sencilla: el hombre conforma una realidad semántica enajenada. De esta forma, la enajenación es entendida como el hecho de vivir no en sí mismo (autonomía), sino en una realidad ajena (impuesta).

La enajenación fue tratada profundamente por Ludwing Feuerbach, quien al hacer una crítica profunda al cristianismo y a su esencia, nos proporcionaría tres condiciones características de toda enajenación:

- a) El sujeto es activo y con su actividad crea el objeto.
- b) El objeto es un producto suyo, y, sin embargo, el sujeto no se reconoce en él; le es extraño, ajeno.
- c) El objeto obtiene un poder que de por sí no tiene, y, sin embargo, se vuelve contra él, lo domina, convirtiéndolo en predicado suyo⁴⁰.

El ejemplo más profuso de lo anterior lo encontramos en el Capital, en donde Marx pone en manifiesto el objeto fetiche, sin embargo, si quisiéramos un ejemplo más próximo y concordante con la alienación moderna, podríamos citar a Frederich Von Hayek⁴¹, quien puntualiza, en *The road to serfdom*⁴², el derecho de todo hombre a continuar por el camino de la ambición, afirmando que la única fórmula para la sociedad libre es la vía del liberalismo, enfocándose a la competencia como principio rector del accionar humano.

Tomando su rol como un ser necrófilo, cuyo pensamiento está dirigido a conservar el *status quo*, y por lo tanto manifestando su conservadurismo, Hayek declara: “[...] *Money is one of the greatest instruments of freedom ever invented by the*

⁴⁰ Sánchez Vázquez, Adolfo, *Filosofía de la praxis*. México. Siglo XXI. 2003, pág. 103.

⁴¹ Cuyo pensamiento fungió como pilar en las políticas de “La Dama de hierro”, Margaret Thatcher.

⁴² Camino a la servidumbre.

*man*⁴³, párrafo que contrastado con la tercer afirmación feuerbachana, “c) El objeto obtiene un poder que de por sí no tiene, y, sin embargo, se vuelve contra él, lo domina, convirtiéndolo en predicado suyo”, nos ejemplifica de forma tajante la enajenación presente en su pensamiento.

Como lo hemos referido ya, a lo largo de este escrito, el hombre vive en una realidad semántica basada en la mentira y en el engaño⁴⁴ —aspecto que se ha profundizado con el establecimiento de la publicidad como principal conductor del sentido que los sujetos implementan a los significantes—, por lo que ésta se ha visto supeditada a una verdad relativa en donde la enajenación se hace presente al no haber autonomía en la búsqueda de sentido.

De este modo, para llegar a la resemantización de las palabras, habría que cuestionarnos sobre las connotaciones que implementamos a nuestro razonar sobre las mismas. Max Horkheimer, en su *Crítica a la razón instrumental*, nos hace cuestionarnos: ¿qué es el actuar racional?, ¿es el actuar bajo las reglas preestablecidas?, ¿el continuar con los estándares de la sociedad?, ¿es la adaptación entendida como obvia?, ¿el olvido del pensamiento autónomo?, ¿el abrazo al conformismo?, de ahí el fin último que el autor impone a la concepción de dicha obra: “la denuncia de lo que hoy se llama razón es el mayor servicio que puede rendir la razón”⁴⁵.

La razón es entendida como una facultad única del hombre por la cual se distingue de los demás seres, en sí, es la capacidad de alcanzar el conocimiento por

⁴³ Frederich Von, Hayek, *The road to serdom*. Chicago, USA. Chicago Press. 1944, pág. 89. “El dinero es uno de las más grandes instrumentos de libertad jamás inventados por el hombre”.

⁴⁴ Véase el apartado 1.1.

⁴⁵ Horkheimer, Max, *Crítica a la razón instrumental*. Madrid España. Trotta. 2002, pág. 187.

medio de la inmersión en el reino de las ideas. La razón es la facultad de ser hombre, de pensar y reflexionar acerca del mundo en su totalidad, la razón en sí misma es sónica y semántica, pero sobre todo debe de ser crítica, por lo que no la podemos supeditar a operaciones mecánicas entendidas como naturales.

En este sentido, Horkheimer al atribuir el apellido de instrumental a la razón, la delimitada a un campo de acción, imposibilitándola de toda autonomía, augurándole una continuidad en el alienamiento productivo propio del régimen capitalista.

Horkheimer afirma que los sujetos, al engullir una realidad ajena, propician a que su razonar se desarrolle en un laberinto semiótico impuesto, en donde:

No sólo (se paga) con la alienación de los hombres con respecto de los objetos dominados [...] (se paga) con la reificación del espíritu [...] de las mismas relaciones entre los hombres, incluso las relaciones de cada individuo consigo mismo [...] El industrialismo deifica las almas, el aparato económico adjudica automáticamente a las mercancías valores que deciden sobre el comportamiento de los hombres⁴⁶.

En razón de ello, el individuo que se apropia realidades semánticas impuestas, sustituye la lógica de la verdad por una lógica falsaria, propiciando que el pensamiento autónomo crítico no se propague, derivando de este modo un enclaustramiento de la veracidad, obligando al individuo a mirar hacia una sola dirección, olvidándose de que su plano visual puede virar 360°.

⁴⁶ *Ibíd.*, pág. 81. Las palabras entre paréntesis son propias.

Horkheimer ve en el individuo que adquiere los cuadros semánticos como naturales una forma de integración hacia un nuevo gran mito, en el que el conformismo embarga la razón del sujeto.

Después de todo lo escrito, es imperante cerrar el presente apartado con la explicación que propiciará la resemantización del término ocio, y que mejor forma de hacerlo que con un esquema que muestre, desde la subjetividad del autor, la transformación del proceso de semiosis ilimitada del término ocio⁴⁷.

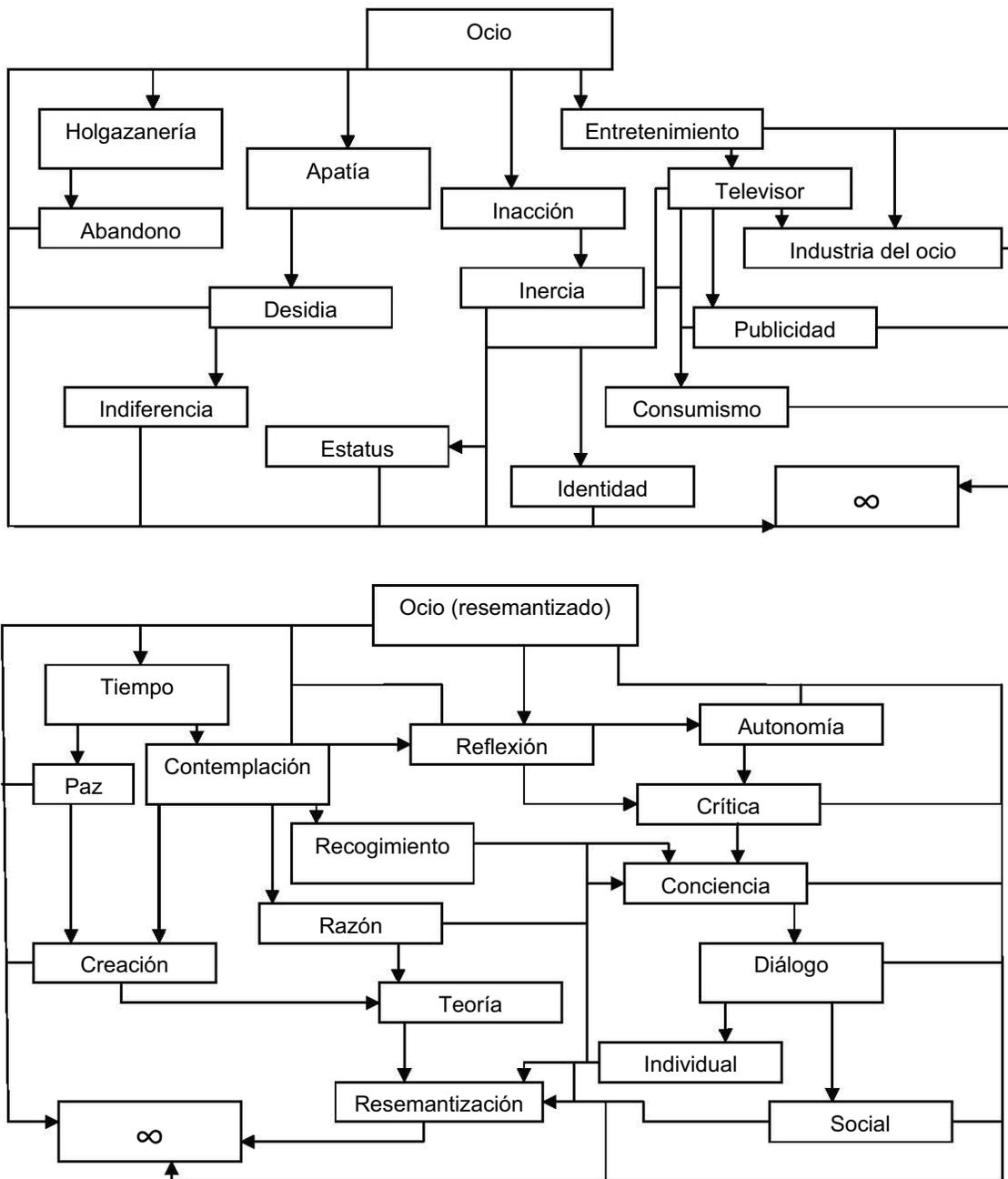
Como hemos visto a lo largo del presente ensayo, vivimos encadenados a una serie de implementaciones semánticas que evocan una realidad embargada por la conformidad, pero sobre todo por la injusticia y por la coacción de una de las estratificaciones sociales.

En este sentido, el resemantizar el significante ocio nos obligará a repensar todas aquellas significaciones con las que el ocio se ve envuelto en un determinado campo semántico.

De esta forma, la escuela, el trabajo y lo que hoy lleva el nombre de industria del ocio, se verán inmersos en un torbellino de cuestionamientos semánticos que darán como resultado no sólo la resemantización del término ocio, sino que, a partir de su cambio connotativo, se implementarán los principios bajo los cuales el individuo con autonomía del yo resemantizará todas aquellas actividades que tengan que ver con el tiempo de existencia, ya que de ello se reviste el ocio, del espacio que conforma una parte de nuestra vida.

⁴⁷ Véase esquema 3.1.

Esquema 3.1 Resemantización de término ocio a través de cambios en las connotaciones dentro del proceso de semiosis ilimitada.



Al resemantizar el significante ocio, no sólo lograremos resemantizar un significante, sino que nos permitiremos, por medio de sus nuevas connotaciones, redefinir el espacio en el que propiciaremos la resemantización de nuestra realidad, propiciando de este modo someterla a una infinidad de procesos de revisión crítica que nos darán autonomía y que influirán de forma contundente en nuestro modo de comportamiento ante el exterior.

El resemantizar el término ocio nos permitirá ostentar la visión de un ocio creativo, en donde la objetividad⁴⁸ se establecerá como el camino hacia el conocimiento. Así, en la conformación de un nuevo tipo de realidad semántica, el ocio se implanta como el cauce sobre el cual se vierte la verdadera productividad humana, una productividad que se caracteriza por la crítica y la autonomía de los campos semánticos y, por lo tanto, del sentido de la realidad en su conjunto. De esta forma, el ocio se puede llegar a considerar como la máxima concentración de conocimiento en búsqueda de la destitución de la opresión y de los campos semánticos impuestos, vinculándose de este modo con la conciencia, que a su vez le recuerda al ser que él hace las circunstancias. Podemos subrayar entonces que el ocio esboza la necesidad del sujeto de brindarse el tiempo y el espacio necesario para “la revuelta, la remembranza y el rehacer”⁴⁹, inquiriendo en el sujeto la obligación de implementar la historia en su accionar, instalando en su pensamiento un permanente volver a empezar.

⁴⁸ Para Erich Fromm “la objetividad no significa indiferencia y despego; significa respeto; o sea, la aptitud para no deformar y falsificar a las cosas, a las persona y a uno mismo... (en este sentido el ocio entendido como una actividad productiva) se caracteriza por el intercambio rítmico de la actividad y el reposo... Ser capaz de prestar atención a sí mismo es un requisito previo para tener la capacidad de prestar atención a los demás”. Véase Erich Fromm en *Ética y psicoanálisis*. México. FCE. 2004, págs. 120 y 121.

⁴⁹ Véase Julia Kristeva, *El porvenir de la revuelta*. Argentina. FCE. 1998.

Tomando en cuenta que la verdadera politización deviene de la cultura, y que la cultura es un conjunto de unidades culturales definidas por procesos de semiosis ilimitadas definidos comúnmente como campos semánticos, y que éstos a su vez se acercan a la realidad en conformidad con la crítica y autonomía, podemos concluir que la resemantización del ocio nos llevará a la conformación de nuevas unidades culturales que politizarán la realidad semántica de los sujetos, incitándolos a producir cambios, transformándolos, de animales conformistas, a seres enteramente históricos.

4. A modo de conclusión. Diálogo para la praxis

“La felicidad no es el premio de la virtud, sino la virtud misma; y no nos deleitamos en la felicidad porque refrenemos nuestras lujurias, sino, por el contrario, porque nos deleitamos en ella somos capaces de refrenarlas”.

Baruch de Spinoza.

Octavio Paz⁵⁰ afirmaba: “vivir, es separarnos del que fuimos para internarnos en el que vamos a ser, futuro extraño siempre”, miedo presente en cada paso hacia una condición aún más mística, desconfianza incondicional a la existencia. No obstante, este conjunto de vocablos se parten en una cuchilla, una dicotomía entre letargo y libertad; camino de sopor, amargura y perpetuidad contra inexactitud, libertad e historicidad.

El apartarnos del que alguna vez fuimos nos permite concienciar los diversos “yo” de nuestra identidad, si al realizar ello logramos formular una renovación de lo que juzgábamos como cotidiano, accederemos a una purificación en donde el dogal impuesto por el pasma de nuestra socialización se quebrará por medio de la resemantización como proceso de transformación de la realidad.

El dialogar a partir de la palabra con nuestro íntimo, invoca a la reflexión, a una diatriba en donde la consecuencia concebirá la acción, el existir será el pronunciamiento del mundo, mientras que, al generalizar el diálogo hacia el exterior, nos encontraremos con los hombres y cumpliremos con una exigencia existencial, alcanzaremos atestiguar que el diálogo es un acto creador en donde se pronuncia el

⁵⁰ Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad*. México. FCE. 2000, pág. 211.

mundo para nuestra liberación, resemantizaremos los campos semánticos en contra de la simbología adoctrinadora, tornándonos sujetos de historia.

Al comprendernos como sujetos históricos pensaremos nuestra evolución como un proceso inacabado, iniciado por nuestros antepasados y transferido a través de las generaciones hasta nuestra aparición. Al facultarnos de una existencia embargada por la conciencia, advertiremos que es la historia la que nos hace humanos, es el proceso que nos permite reconstruir y transformar la realidad.

La historia es el principio redentor de la praxis, fenómeno acompañado de palabras, reflexión, crítica, diálogo y acción, en pocas palabras, la praxis se instaura como una acción liberadora, es comprender que a través de la decodificación del alfabeto coercitivo lograremos ejercer una crítica comprensiva de la totalidad; una reflexión sobre nuestra situación, sobre nuestra condición de existencia; un diálogo en donde hallaremos nuestros anhelos y esperanzas, una fe que nos provocara accionarnos en búsqueda de un mundo incondicionalmente humano, un mundo comunicativo.

Únicamente al concebir que el dominio es principalmente cultural, y que éste se inyecta principalmente a través de la cotidianidad y de la simbología expresada en cada una de las aristas de la vida social, imponiendo una nociva necesidad de mitificar el mundo, denotando así, una falsa connotación de la realidad, se logrará transformar a las masas espectadoras en sujetos históricos, en células, quienes al luchar en todas y cada una de las vertientes de la estructura social lograrán reconstruir y albergar una nueva connotación de la vida en sociedad.

De lo anterior la necesidad de criticar y de restablecer nuevos términos y directrices a los componentes de la vida del ser en sociedad, ya que al apropiarnos de ellas, desmitificando la visión explotadora del tiempo de vida, lograremos emancipar al sujeto esnobista, instigaremos la apropiación de nuestro ser a futuro, de nuestra visión de paraíso: una mirada hacia el tiempo de ociosidad para la conformación de conciencias.

Se entiende entonces que únicamente bajo la acción cultural que conlleva la interacción simbólica personal, así como entre los seres que ostentan conciencia y praxis, se podrá dar una revolución cultural.

Sólo bajo los auspicios de la instauración de nuestra mentalidad en la de oprimidos, anhelaremos una realidad propia desmitificada, basada en el respeto, la igualdad, la conciencia, la reciprocidad, la empatía, el conocimiento, pero sobre todo, en la veracidad.

Bibliografía

- Baena Paz, Guillermina, *Metodología de la investigación*. México. Cultural. 2004. 181 p.
- Baylon, Christian, *La semántica*. España. Paidós. 1994. 307 p.
- Bakunin, Mijail, *Escritos de filosofía política*. Madrid, España. Alianza. 1990. 256 p.
- Beck, Ulrich, *El nuevo mundo feliz*. Barcelona, España. Paidós. 2000. 270 p.
- Burgos, Elizabeth, *Me llamo Rigoberto Menchú y así me nació la conciencia*. México. Siglo XXI. 2003. 287 p.
- Castells, Manuel, *La era de la información*. Tomo 1. México. Siglo XXI. 1999. 590 p.
- Chomsky, Noam, *La deseducación*. Barcelona. España. Crítica. 2002. 235 p.
- Cohen, Daniel, *Riqueza del mundo, pobreza de las naciones*. Argentina. FCE. 142 p.
- Delhumeau, Antonio, *El hombre teatral*. México. Plaza y Valdez. 1997. 181 p.
- Dussel, Enrique, *Ética de la liberación en la edad de la globalización y de la exclusión*. Madrid, España. Trotta. 2002. 661 p.
- Eisler, Riane, *El cáliz y la espada*. México. Pax. 1997. 310 p.
- Enguita, Mariano, *Sociología de la educación*. Barcelona. España. Ariel. 2001. 763 p.
- Ferrater, Mora, *Diccionario de filosofía*. Barcelona, España. Ariel. 1994.
- Forrester, Viviane, *El horror económico*. México. FCE. 1997. 166 p.

- -----, *Una extraña dictadura*. México. FCE. 2000. 164 p.
- Frederic, Munné, *Psicosociología del tiempo libre*. México. Trillas. 1980. 201 p.
- Freud, Sigmund, *Tótem y tabú*. Obras completas. Madrid, España. Biblioteca nueva. 1996.
- -----, *El malestar en la cultura*. Obras completas. Madrid, España. Biblioteca nueva. 1996.
- Freire, Paulo, *Pedagogía del oprimido*. México. Siglo XXI. 2002. 244 p.
- Fromm, Erich, *El corazón del hombre*. México. FCE. 2003. 179 p.
- -----, *Ética y psicoanálisis*. México. FCE. 2004. 277 p.
- -----, *Marx y su concepto del hombre*. México. FCE. 1962. 271 p.
- Gadotti, Moacir, *Pedagogía de la praxis*. Argentina. Niño y Darila editores 1994. 214 p.
- Grijelmo, Álex, *La seducción de las palabras*. México. Taurus. 2002. 289 p.
- Hayek, Friedrich Von, *The road to serfdom*. Chicago. University of Chicago. 1944. 248 p.
- Horkheimer, Max, *Crítica de la razón instrumental*. Trotta. MARFA. 2002. 187 p.
- Horkheimer, Max, y Theodor W. Adorno, *Dialéctica de la ilustración*. Trotta. MARFA. 2004. 303 p.
- K. Reardon, Kathleen, *La persuasión en la comunicación*. Barcelona, España. Paidós. 1989. 293 p.

- Kristeva, Julia, *El porvenir de la revuelta*. Buenos Aires. Argentina. FCE. 1998. 100 p.
- Lipovetsky, Gilles, *Metamorfosis de la cultura liberal*. Barcelona. España. Anagrama. 2002. 128 p.
- -----, *El crepúsculo del deber*. Barcelona. España. Anagrama. 2002. 283 p.
- Lozano Álvarez, Luis, *Un mundo sin trabajo*. México. Driada. 2004. 215 p.
- Marcuse, Herbert, *El hombre unidimensional*. España. Ariel. 1999. 285 p.
- -----, *Eros y civilización*. España. Ariel. 2002. 253 p.
- Martínez Selva, José María, *La psicología de la mentira*. México. Paidós. 2005. 203 p.
- Marx, Karl, *El Capital* Tomo I. México. FCE. 2001. 849 p.
- Monsiváis, Carlos, *Aires de familia*. Barcelona. España. Anagrama. 2000. 254 p.
- Munné, Frederic, *Psicosociología del tiempo libre*. México. Trillas. 2004. 201 p.
- Nietzsche, Friederich, *Aurora*. España. Edad. 1999. 418 p.
- -----, *Obras selectas*. España. Edimat. 2000. 634 p.
- Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad*. México. FCE. 2000. 350 p.
- Pret, Bernard, *La economía contra la sociedad*. Chile. FCE. 2000. 331 p.
- Rifkin, Jeremy, *El fin del trabajo*. Barcelona, España. Paidós. 1996. 399 p.
- Sánchez Vázquez, Adolfo, *Filosofía de la praxis*. México. Siglo XXI. 2003. 528 p.

- Smith, Adam, *Teoría de los sentimientos morales*. México. FCE. 2004. 133 p.
- Veblen, Thorstein, *Teoría de la clase ociosa*. México. FCE. 2004. 336 p.